

PALABRAS PARA UN CENTENARIO

Monseñor

JOSE LUIS CASTELLANO

Palabras pronunciadas al final de la Eucaristía Conmemorativa en Acción de Gracias por los Cien Años del Nacimiento de Monseñor José Luis Castellano Ortiz, Párroco de la Parroquia de Santa Lucía, Maracaibo, desde el 20 de Junio de 1936 hasta el 20 de Octubre de 1990, celebrada en la Iglesia Parroquial del mismo nombre, el 12 de Julio de 2009, por el Lcdo. Jairo Pérez Leiva, Cronista de la Parroquia de Santa Lucía.

INTROITO

Séame permitido, antes de pronunciar estas palabras, dar gracias y ofrecer alabanzas al Dios de toda bondad que me ha permitido ver la alegría de este día. Ciertamente, me había prometido guardar para siempre algunos momentos vividos al lado de Monseñor José Luis Castellano Ortiz, pero la celebración de esta fecha Centenaria ha vuelto a traer a la memoria aquellos últimos días, de duda, miseria, bajeza de espíritu y sobre todo de sufrimiento. Con los años que han seguido, después de aquellos acontecimientos, he podido apreciar como el Señor ha ido señalando mi camino y me ha enseñado que Él está sobre todas las cosas, que Él sana, consuela y sobre todo, es Él, el único en quien debemos confiar y poner en Él toda nuestra esperanza. Amen.

Palabras para un centenario

En torno a la mesa eucarística nos congregamos en este día para dar gracias al creador de todo bien y Señor de Suma Misericordia, que en un prodigio de amor y generosidad regaló a esta parroquia el ministerio sacerdotal de Monseñor José Luis Castellano Ortiz, Protonotario Apostólico de S.S. de cuyo nacimiento celebramos hoy el primer centenario. Oportuna la fecha y singular el momento para recordar la figura de este meritorio sacerdote, que con el ejercicio de su ministerio, se sembró para siempre en el corazón de esta parroquia y a quien consideramos su párroco eterno.

Se enmarca esta celebración en una fecha de capital importancia para la iglesia católica universal: el año santo sacerdotal convocado por su S.S. Benedicto XVI con motivo del sesquicentenario de la muerte de San Juan María Vianney, conocido como el santo cura de Ars.

En el mensaje de apertura del año santo sacerdotal en nuestra arquidiócesis, el pasado 26 de Junio, el señor arzobispo recordó con cálido afecto a los sacerdotes que sentaron las bases de esta iglesia de Maracaibo.

Aquellas palabras, representan no solo una muestra de hermandad sacerdotal, son en sí mismas, un acto de justicia. Ellas, trajeron a mi memoria el recuerdo de los venerables y ancianos sacerdotes que tuve la dicha de conocer en mi niñez y adolescencia; Delfín Paz, Lisandro Puche, Luis Gonzalo Colmener, José Méndez Romero, José Méndez Rincón, Monseñor Olegario Villalobos, Monseñor Guillermo González Fuenmayor, Monseñor Domingo Roa Pérez, Monseñor José Luis Castellano Ortiz. Algunos de ellos, en su venerable ancianidad recibieron los cuidados de familiares cercanos, generalmente, hermanos o sobrinos que pacientemente les prodigaron afecto, respeto y consideración en sus últimos días. Otros, en cambio, debieron beber el cáliz de la amargura al recibir desprecios, humillaciones, olvido y pasar sus últimos días alejados de las parroquias a las que tanto sirvieron y cuidaron en su largo ministerio pastoral.

A ellos...gratitud eterna.

Hijo de la ciudad Mariana

El 12 de Julio de 1909, en el hogar de Don Ramón Castellano y Adriana Ortiz Paz de Castellano vio la primera luz del día: José Luis Nabor Castellano Ortiz. Vino marcado con un sello providencial; el de la Madre del Zulia. Nació en una calle de grata memoria para este estado, la calle bendita y luminosa donde en hora milagrosa se renovó la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, la calle de El Milagro.

Allí transcurrió su infancia, cerca de la iglesia de Santa Bárbara; en la cual, sirviendo en el altar junto a Monseñor Olegario Villalobos escuchó el llamado: José Luis/ le dijo el venerable sacerdote: aprende a servir el incensario, para cuando te toque hacerlo en el seminario.

Cursó estudios en el Instituto Pestalozziano bajo la orientación del Bachiller Hermágoras Chávez. Estuvo entre los primeros jóvenes que ingresaron al Seminario de Maracaibo, establecido en Diciembre de 1922 por Monseñor Marcos Sergio Godoy. Continuó sus estudios en el Seminario Santa Rosa de Lima, en Caracas, bajo la dirección de los padres jesuitas traídos por Monseñor Dr. Felipe Rincón González en 1916, ellos le formaron para el ejercicio del ministerio sacerdotal. Esa formación la completó con su apego a la espiritualidad franciscana, ya que desde su ingreso al Seminario de Caracas, profesó como hermano franciscano en la tercera orden seglar. Fue brillante en sus estudios y en ese proceso recibió el influjo de notables sacerdotes, entre los que destaca Monseñor Nicolás Eugenio Navarro, el gran historiador de la Iglesia Venezolana.

A la edad de 23 años y 2 meses, con una dispensa recibió la ordenación sacerdotal, el 24 de Septiembre de 1932, de manos de Monseñor Marcos Sergio Godoy, tercer obispo del Zulia, tuvo como compañero de ordenación al Diácono Roberto Acedo.

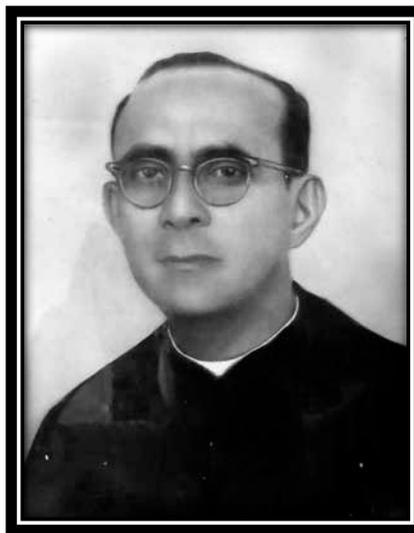
Celebró su primera misa, el día 3 de Octubre de 1932, en la Santa Iglesia Catedral, siendo párroco de El Sagrario, Monseñor Olegario Villalobos. Su primera parroquia, Nuestra Señora del Rosario, en Cabimas, párroco interino de Nuestra Señora de las Mercedes, en Maracaibo.

Su labor sacerdotal y pastoral, a lo largo de cincuenta y ocho años fue reconocida por la iglesia y las instituciones del Estado Zulia.

Juan XXIII le nombró Camarero Secreto de S.S. En 1974, Pablo VI le confirió el título de Prelado de Honor de S.S. En 1982, Juan Pablo II lo constituyó Protonotario Apostólico Súper Numerario.

El Ejecutivo del Estado Zulia le confirió la condecoración Dr. Jesús Enrique Lossada, en primera clase. La Asamblea Legislativa del Estado Zulia le otorgó la orden Dr. Rafael María Baralt y el Concejo Municipal le distinguió con la orden Ciudad de Maracaibo, en su primera clase.

Fue miembro del Capítulo Metropolitano de Maracaibo, canónigo lectoral y magistral. Provicario y Vicario General de la Diócesis de Maracaibo, Rector del Seminario, Gobernador de la Diócesis.



Párroco de Santa Lucía

Isbelia Josefina Urdaneta fue una hija de esta parroquia que con sólo 13 años de edad promovió la instalación de la sociedad jardín de Santa Teresita del Niño Jesús, en Mayo de 1929, siendo párroco de esta comunidad, el Pbro. Dr. Helímenas Flores. A esta sociedad religiosa entregó la señorita Isbelia todo su haber material y le consagró su vida por más de sesenta años. En Octubre de 1985, al iniciar el año jubilar de Monseñor Castellano como párroco de Santa Lucía, lo recuerda de esta manera:

“era un anochecer del mes de Junio de 1936. Como todas las tardes acostumbraban, se habían reunido delante del Sagrario de nuestro viejo templo parroquial, un grupo de hombres pertenecientes a la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús, desgranando las cuentas del rosario, en honor a la Virgen María y a sus oraciones se unió un joven sacerdote con apenas cuatro años de ordenado, su nombre: José Luis Castellano Ortiz, venía enviado por la autoridad eclesiástica, con una noble misión que cumplir: la cura de almas y la construcción de un nuevo templo parroquial, pues el viejo cedía ya por sus años y era incapaz par a albergar esta feligresía lucitana”.

Así llegó el padre Castellano a esta parroquia, la tarde del 20 de Junio de 1936, para quedarse siempre entre nosotros. Ciertamente, no lo deslumbraron los fulgores de las artes y de las letras, él, brilló con los fulgores de una vida ejemplar y de una intensa labor pastoral cuyos frutos han perdurado a pesar del tiempo y de los cambios que ha sufrido la parroquia.

Cruz Salazar, es un entusiasta activista del movimiento de cursillos de cristiandad, al que ha dedicado gran parte de su vida. En una ocasión le escuché este comentario: El padre Castellano casó a mis padres, nos bautizó, nos dio la primera comunión, nos casó, hizo los oficios cuando murió mi abuela.



Bendito sea el padre Castellano, que me hizo comprender el magisterio de la iglesia.

Esa misma apreciación hacia el ministerio sacerdotal presenta el santo cura de Ars a sus feligreses:

al preguntarles: ¿Quién ha puesto al Señor en el sagrario? El sacerdote:

¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacido? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir a causa del pecado, ¿Quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote...Después de Dios, el sacerdote lo es todo!

Esa enseñanza encuentra entre nosotros la más expresiva certeza al recordar que muchos de los que en esta mañana nos congregamos en esta iglesia recibimos de monseñor Castellano, los sacramentos de bautismo, penitencia, comunión. Nuestros padres el sacramento del matrimonio, y muchos de nuestros familiares, amigos y conocidos el sacramento de la extremaunción y santo viático.

Todo nos recuerda las excelencias del ministerio sacerdotal. ¿Quiénes son los llamados?

Ellos, los sacerdotes. ¿Quién los llama? Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, buen pastor. ¿Para qué los llama? Para hacerlos partícipes de su misión salvífica, para que sean dispensadores de los misterios divinos, como escribe San Pablo, y ciertamente, Monseñor José Luis Castellano ejerció con dignidad y respeto el ministerio sacerdotal.

Su imagen entre nosotros

Cada uno de los que aquí estamos, guardamos una imagen cercana de Monseñor Castellano. Cada uno le llamó de diferentes maneras. Monseñor Parra León le decía *Cheito*. Para unos, fue *Nío*. Para otros, *José Luis*. Los más íntimos, *Pepe Luis*. Los más respetuosos, *Monseñor Castellano*. Para la gran mayoría de los feligreses, él fue simplemente, *el padre Castellano*.

Así lo recuerdo. Desde temprana edad, comencé a recibir las lecciones de su magisterio. Gracias a uno de aquellos caballeros de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús de esta parroquia, el viejo, el señor Agustín Santana Matos, fue uno de sus grandes amigos, trabajaba para el Ministerio de Obras Públicas. Como muchos hombres de la parroquia, trabajó gratuitamente en la construcción del templo, cumplía con esta actividad, después de terminar su labor diaria en el ministerio. Fue él, quien me trajo de la mano a esta iglesia. El señor Santana me puso en las manos del padre Castellano y así caminé y siguiendo su vida, he querido caminar la mía; convencido de que sólo hay una manera de seguir a Cristo, sirviendo.

Sirviendo con alegría a los hermanos. Sirviendo con satisfacción en nuestra actividad diaria, hasta olvidarnos de nuestros intereses personales, de nuestros propósitos.

La promesa y lealtad

Dice San Pablo, que a través de los tiempos, Dios ha hablado a los hombres de diversas maneras. La iglesia siguiendo al padre eterno, también habla a sus hijos de diversos modos. Ella, ejerce su ministerio docente, no solo por la palabra, sino también por medio de la sagrada liturgia.

A través de las ceremonias que ella prescribe, ofrece culto público y solemne a Dios y al mismo tiempo, difunde en la mente de sus hijos estas enseñanzas. En las ceremonias que se cumplen en la ordenación sacerdotal hay varios momentos portadores de esas enseñanzas.

Quiero referirme a una de ellas.

El ordenando es presentado ante la santa madre iglesia, se humilla postrándose ante el altar para significar su deseo de morir con Cristo a una nueva vida. Cantadas las letanías, el pontífice le impone las manos, le cruza la estola al pecho y le coloca la casulla. Consagra sus manos. El ordenado hace su profesión de fe. Finalmente, hay un momento de gran significación: la promesa. El pontífice se ubica en la sede. El ordenando se postra delante de él y éste le interroga ¿Prometes obediencia a mí y a mis sucesores? El ordenando responde: Prometo.

Esta promesa la vivió fielmente Monseñor Castellano a lo largo de su vida.

Si algo me impresionó fue esa fidelidad a Monseñor Godoy. Junto a él sufrió momentos dolorosos. Por él, arriesgó su vida. Muerto el General Juan Vicente Gómez, una estela de violencia se extendió por Venezuela.

Monseñor Godoy fue duramente atacado y calumniado. Se le consideraba un amigo de Gómez, y lo era en efecto. Sin embargo, eso no podía considerarse como un delito. Gómez había manifestado siempre respeto hacia el obispo.

Había tenido algunas deferencias hacia él y eso originó el ataque a la residencia del obispo, quien vivía en el Seminario de Bella Vista y se atentó contra su vida. El padre Castellano tuvo que enfrentar a los facinerosos para proteger la integridad de monseñor. Otro hecho, lo obligó a proteger la dignidad de su obispo cuando éste y su clero eran calumniados por su auxiliar.

Esa fidelidad y obediencia la guardó hacia los obispos que sucedieron al tercer obispo del Zulia, a Monseñor José Alí Lebrún, Administrador Apostólico de la Diócesis del Zulia, Monseñor José Rafael Pulido Méndez, Monseñor Domingo Roa Pérez.



Muchos comentarios se tejieron alrededor de Monseñor Castellano y Monseñor Roa, pero en honor a la verdad, debo recordar que si entre ambos no hubo un afecto entrañable, siempre brilló entre ellos profunda veneración y respeto.

Creo que esa fidelidad y lealtad le fue cobrada con creces a Monseñor Castellano, por ella se le obstaculizó siempre su promoción al episcopado, al que nunca aspiró, pero servicio para el cual era digno. Estoy seguro que cuando se escriba la historia de esta iglesia del Zulia, la obra y el ejemplo de Monseñor Castellano brillarán entre sus páginas.

La huella en la parroquia

Esta parroquia tiene para siempre el sello de Monseñor Castellano, guardan sus feligreses los recuerdos de la asistencia constante de un padre, sus atenciones y solícitos cuidados, su caridad fraterna, su consejo oportuno, su presencia, su identificación con los fieles y con sus sufrimientos. Esa labor pastoral ha establecido los fundamentos para que la parroquia constituya una muestra de profunda religiosidad cristiana, de un culto y veneración a la ínclita, virgen y mártir Santa Lucía, y sobre todo, guarda profundo respeto y veneración por la figura del sacerdote.

Hay quienes dicen que esta es una parroquia difícil, que es una parroquia fuerte, dura. Esto no es verdad. Esta parroquia tiene sembrado que el sacerdocio es sinónimo de servicio y sacrificio, de identidad y de entrega con los fieles que le son encomendados por eso es oportuno recordar la comunión que debe existir entre el párroco y sus feligreses. La cura de almas exige esa comunión y la interacción entre ambos. Esta parroquia se acostumbró a disponer de un padre, con cuya asistencia contaba las 24 horas del día.

Tal vez, el grave pecado de Monseñor Castellano fue no pensar nunca en el retiro y no abrirse plenamente a las nuevas exigencias de los tiempos que vive la iglesia, después del Concilio Vaticano II. Sin embargo, también hoy, hay sacerdotes jóvenes, que no quieren poner en práctica las instituciones que para la buena marcha de las parroquias consagra el código de derecho canónico.

En esta mañana, en la cual damos gracias a Dios por la vida y por la obra de Monseñor José Luis Castellano Ortiz, al cumplirse el centenario de su nacimiento, he querido recordarlo ante ustedes de la manera sencilla y familiar como lo conocí, sin la altisonancia de los títulos y de los honrosos cargos que ejerció a lo largo de su vida. Lo recuerdo de esta manera paternal que tal vez muchos han recordado en esta celebración.

Sirvan como epílogo de estas palabras, unos versos de Nelson Romero, que expresan los más puros sentimientos de esta comunidad para quien es su párroco eterno:

**Santa Lucía del ciego
Con gusto te veneramos
Así mismo te imploramos
Algo que en verdad queremos
Una corona en el cielo
Para el Padre Castellano**

Lcdo. Jairo Pérez Leiva